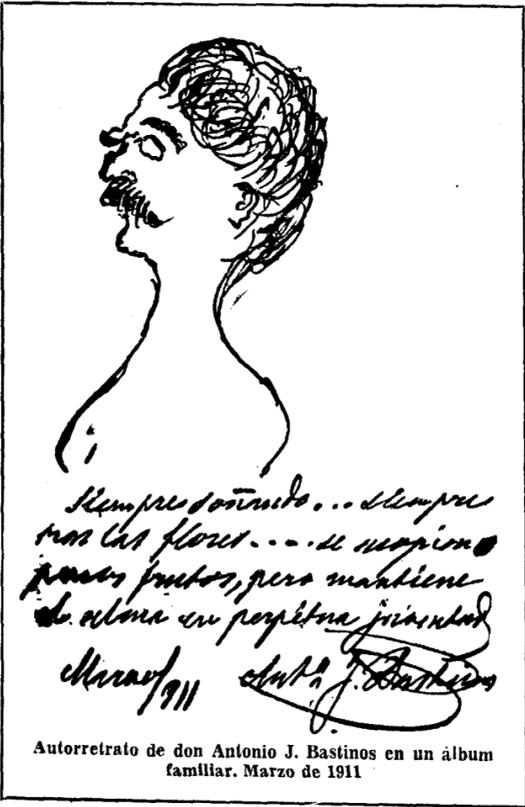


LEER, SIEMPRE LEER

LAS VIEJAS LIBRERIAS DE LA CIUDAD

LAS TERTULIAS DE AYER • PUIG Y ALFONSO • EL COMBATIVO DOCTOR SARDÁ Y SALVANY • EL CRITERIO • RUSIÑOL Y SU «PEÑA» • ANSELMO DOMÉNECH • LA POLTRONA DE MENÉNDEZ Y PELAYO • UN SANTO LIBRERO • UNA FIRMA DEL SIGLO XVII

El día 23 se exalta y glorifica a nuestro dueño y señor el Libro. Barcelona es una ciudad de viejas imprentas y antiguas librerías. Algunas, tradicionales, han desaparecido; otras, todavía subsisten. Y al referirnos a las viejas librerías, no queremos aludir a las librerías de viejo. La historia de tales establecimientos es en la realidad la crónica de nuestra urbe. Por ellas han desfilaro generaciones de gente amorosa de la letra impresa. Ahora, con motivo de la próxima Fiesta del Libro, se han aireado añejos papeles, y se ha podido fijar, en los comienzos del siglo XIV, la existencia de vendedores de libros, amparados ya por decretos y ordenanzas de Juan II, rey docto y batallador.



Autorretrato de don Antonio J. Bastinos en un álbum familiar. Marzo de 1911

Han desaparecido por distintas circunstancias algunas de las librerías de mayor solera de la ciudad, tanto por la docta mercadería que en ellas ofrecíanse como por el prestigio de algunos compradores y contulios. Las librerías de antaño se abrían al diálogo y a la tertulia. El siglo XIX fue el siglo de las tertulias ilustradas y se centraban en el café o en la librería. El siglo XVIII las peñas se crean en las farmacias, en las rebecas, a la vera de los potes de cerámica azul que guardaban las hierbas, las hojas y las raíces, las milagrosas substancias que lo curaban todo, menos el irrefrenable afán de hablar y discutir.

—Al referirse a los librerías y las librerías desaparecidas—alguien nos advierte—no se olvide de citar a la de Puig Alfonso. No; son muchos los barceloneses que recuerdan la librería del señor Puig desaparecida cuando desapareció la plaza «Nova» y el popular restaurante de «Cal Becó del Recó». Uno de los escaparates recaía en la calle de Capellans. La casa estaba atestada de libros y revistas y abundaban en ella, no sabemos por qué, las obras de agricultura y los manuales de la cría del canario. Era un establecimiento de solera, frecuentado por gente docta, enchistada y conservadora en política y en ideas estéticas y literarias. Su propietario, el señor Puig y Alfonso, era un verdadero prócer barcelonés, servicial y amable. Su deporte predilecto era favorecer a los demás; siempre se prestaba a internar un viejo en un asilo, proteger a un huérfano o interesarse por un enfermo. El benemérito y honrado señor Puig fundó el Cuerpo de la Guardia Urbana en los primeros años del siglo. Fue concejal—teniente de alcalde—en diversas ocasiones. Ya en su gloriosa ancianidad escribió su «Memorias» y murió en olor de barcelonismo.

EL AMIGO DE MOSEN CINTO

Otras librerías han desaparecido de la ciudad antigua. En la calle del Pino, número 5, había la Librería y Tipografía Católica, en el lugar, más o menos, donde hoy se abren unas galerías comerciales. Los barceloneses la llamaban la librería del doctor Sardá y Salvany, el combativo sacerdote autor de «El liberalismo es pecado». La causa de tal denominación era que allí se editaba su «Revista Popular», arma de papel, pero dura y eficaz, que el sacerdote de Sabadell esgrimía contra los enemigos de la Iglesia, y los postulados del orden, que eran los postulados del «Doctor Felius». Sardá y Salvany era duro, polemista, batallador, infatigable, poco amante de dar su brazo a torcer, pero de una bondad seráfica. Quería mucho a mosén Cinto. El contribuyó a que Verdaguier participara con Collell a los actos del Milenario y la Coronación canónica de la Virgen de Montserrat, para la cual Verdaguier escribió su «Virrola», al que puso música el maestro Rodoreda, fundador de la Banda y la Escuela Municipal de Música de Barcelona.

Nuestro amor por los libros ya se patentiza en el nomenclator de las calles de Barcelona. Existe la de la Librería, con su Calle y su Bajada, e incluso tenemos otra calle, y un pasaje, dedicadas ambas vías a Gutenberg, que hizo posible el milagro de la imprenta. Es lógico que en la Librería y en sus alrededores existieran personas dedicadas al honorable negocio de vender libros a los demás. En la misma calle existía la «Librería Barcelona», propiedad del «Diario», que tenía su entrada por la calle Jaime I. Tanto el «Diario de Barcelona» como la librería pertenecían a la familia Brusi, que editaba las obras de Balmes.

—Su instalación era algo exigua—nos dice un curioso y anónimo testimonio de la época—: un rectángulo reducido, unas estanterías con cristales, un mostrador y, encima, unos soportes de metal que sostenían tres globos de gas. Nunca encontré allí ningún comprador. Yo iba a buscar las obras de Balmes, sobre todo «El Criterio», que se vendía bastante; la «Preceptiva», de Coll y Vehí; el «Discurso sobre la Historia Universal», de Bossuet, y su continuación por Quadrado. Eran muchas las librerías desaparecidas en la Barcelona de hace cincuenta años: la de Durán y Borl, de la calle de Fernando—siempre exponía en sus escaparates algún volumen de los «Episodios Nacionales» de Galdós—; la «Librería Católica», de la calle de Robador; la de Francisco Rosales, en la calle del Hospital; la de Grabulosa, en la calle del Buensuceso; la de Roca y Bros, en la Platería.

Algunas de tales librerías han tenido su cronista en un anónimo escritor que firmó un curioso librito con el seudónimo de un «Aprendiz de librero». El nos evoca con hogareña simplicidad de estilo una céntrica y olvidada librería. —Humilde, pequeñita, nadie se acuerda de ella, a pesar de estar enclavada en uno de los lugares más céntricos de Barcelona. No te diré más que estaba situada en la Rambla de Canaletas frente a la popular fuente del mismo nombre. Si la memoria no me es infiel, su propietario se llamaba Simón, y en sus escaparates siempre estaban expuestos los tomos de la obra de Monseñor Bougaud, «El Cristianismo y los tiempos presentes», pero en tamaño octavo, y «La Ilustración Española», que a mí me gustaba saborear, sobre todo por sus grabados. A pesar de tener el carácter de librería, yo no recuerdo haber encontrado ningún comprador en su interior. Hace muchos años que desapareció, sin dejar rastro de su existencia.

LAS RAMBLAS, DOCTAS Y LETRADAS

En las Ramblas todavía perduran algunas antiguas librerías, como la «Francesca» y la de Tasis. La Librería Francesa la fundó hacia allá a finales del pasado siglo el señor Piaget. El «Aprendiz de librero» nos da una curiosa referencia de ese señor.

—Francés de nacimiento—dice—, conforme se desprende de su apellido, era muy dinámico y servicial con su clientela, y muchas veces aparecía por su tienda ataviado con chaqué y el añorado sombrero de copa, que llevaba con cierta elegancia. Sólo se dedicaba al libro extranjero, especialmente el publicado en Francia, y también servía periódicos extranjeros. Supongo que el negocio no era muy próspero, pues, relativamente, se leía poco en lengua francesa; mas como era el único que se dedicaba a esta especialidad, monsieur Piaget trapeaba la situación; pero tengo idea de que murió pobre.

La Librería de Tasis, cerca de la Plaza Real, guarda aún un delicioso carácter ochocentista: es pequeña, íntima y atestada de obras. Pero de las Ramblas han desaparecido en el transcurso de los años dos de sus establecimientos de mayor solera y tradición, ambos ubicados en la misma Rambla de Capuchinos, el tramo más intelectual de la vía barcelonesa: la «Librería Española», de don Antonio López, y la «Librería Verdaguier».

La tienda de López era una institución. No creo que en ella se vendieran gran cantidad de libros, pero en cambio se hablaba mucho y sus peñas eran famosas y en ellas se acogían hombres

de todas las tendencias y las más dispares ideas políticas. Había un denominador común que les unía en apretado haz: el Libro. La figura predominante de la tertulia era don Santiago Rusiñol.

—Al anochecer—nos dice María Rusiñol al referirse a su padre—, antes de cenar, solía ir a la Librería Española, de Antonio López, el editor de «L'Esquella de la Torratxa» y editor de todas sus obras. Sentado en una silla, formaba tertulia con un grupo de amigos, siempre los mismos.

EL LIBRERO WAGNERIANO

La librería desaparecida que conoció las más extraordinarias tertulias fue la «Verdaguer». Se fundó hacia allá el año 1835 y cerró sus puertas hará unos cinco años, a raíz de la muerte de su propietario, el añorado y cultísimo librero y melómano Anselmo Doménech, tío del pintor Dalí, y su padrino incluso, si no recuerdo mal.

El fundador de la Librería—Joaquín Verdaguier Bollich—fue un personaje extraordinario—barojiano—que había viajado mucho y conocía todos los secretos de las Artes Gráficas, que aprendió especialmente en Francia. A él se debe la edición castellana de los «Usatges de Barcelona», un auténtico tesoro bibliográfico y bibliófilo. Le sucedió en el negocio libresco Alvaro Verdaguier y después el sobrino de éste, don Anselmo Doménech.

La tienda siempre tuvo su tertulia ilustrada. El señor Doménech estaba orgulloso de una de las poltronas del establecimiento.

—Desde Aribau a López-Picó—me decía—, un siglo de literatura ha pasado por este asiento. Aquí, en vida de mis antecesores en el negocio, establecieron sus tertulias los hermanos Milá y Fontanals, Joaquín Rubió y Ors, Mafé y Flaquer, Víctor Balaguer, Pelai y Briz, Vidal y Valenciano, José Balari y Jovany, Mariano Aguiló, Aulésia y Pijoan, Maspons y Labrós, Emilio Vilanova.

Don Anselmo Doménech también se refería con frecuencia a don Marcelino Menéndez y Pelayo.

—El ilustre polígrafo—nos explicaba el lorado don Anselmo—, ya de estudiante era un asiduo concurrente a la casa, y en su última estancia en Barcelona, el año 1908, al celebrarse el cincuentenario de los Juegos Florales, coincidiendo con la colocación de la primera piedra del monumento a su maestro Manuel Milá y Fontanals en Vilafranca, quiso sentarse un rato en una de las poltronas en las cuales tantas veces descansó su maestro. Entonces, don Marcelino evocó gozoso y triste a la vez la figura de Milá y de sus añorados compañeros de carrera.

DONACION

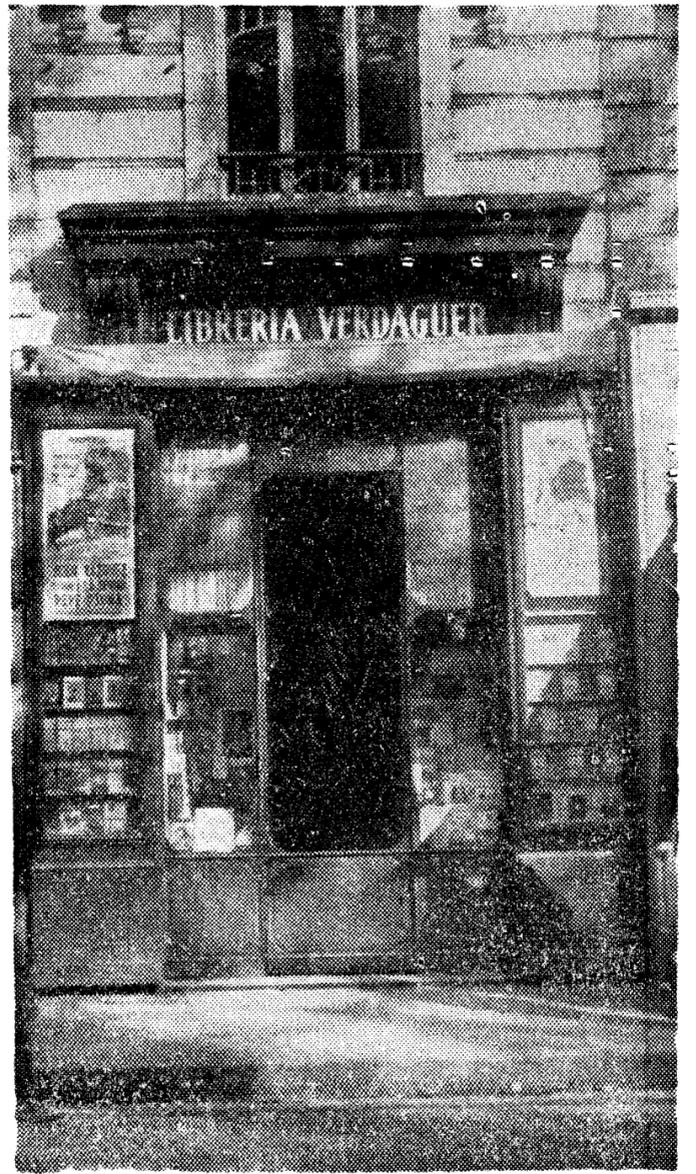
La Librería Verdaguier, situada frente al Liceo, también acogió a los aficionados a la música y se convirtió en el centro del wagnerianismo capitaneado por uno de los hombres más sensibles, inteligentes y europeos que ha tenido Barcelona, el musicógrafo Joaquín Pena.

Preguntamos al hijo del señor Doménech cuál ha sido el destino de tantos recuerdos literarios: aquellos retratos, aquellas estanterías ochocentistas y, sobre todo, aquellas poltronas que acogieron el reposar de los grandes.

—Cuando, por muchas razones, tuve que renunciar al negocio libresco—confesta nostálgico—cedí a nuestro Ayuntamiento toda la instalación de la librería, incluso las históricas poltronas, tan queridas por don Marcelino Menéndez y Pelayo. Todo lo entregué con ánimo de verlo algún día en el «Pueblo Español», junto a la farmacia o la antigua herboristería, pero han pasado cinco años e ignoro la suerte de tales cosas, vinculadas a un siglo de cultura.

LOS ESTABLECIMIENTOS QUE SOBREVIVEN

No todas las antiguas librerías, por fortuna, han desaparecido. La ciudad cuenta con establecimientos dedicados a la venta de libros, con más de cien años de existencia alguno de ellos, como la «Librería Subirana», fundada en 1847; la «Librería Religiosa», creada por



La antigua librería Verdaguier, frecuentada por Menéndez y Pelayo, desaparecida ya hace unos años

el obispo Caixal y por San Antonio María Claret; la «Librería Bastinos», «La Hormiga de Oro», «Herederos de la Vda. Pla».

En 1852 se fundó la Librería Bastinos. «Estudiar los orígenes de la Casa Bastinos—ha escrito el señor Durán y Sanpere—quiere decir remontarse hasta las últimas décadas del siglo XVIII, para ver aparecer en el campo de los impresores y libreros de Barcelona el linaje de Estivill, de cuyo tronco deriva.»

Los Estivill y los Piferrer fueron los grandes librerías-impresores del siglo XVIII barcelonés. El nacimiento de «Bastinos» y su entronque con una de las firmas de mayor solera de la ciudad se aclaran a través de un aviso aparecido en «Diario de Barcelona» del día 27 de enero de 1852, y en el cual se lee: «La Librería de Ignacio Estivill ha pasado en poder de su hijo político Juan Bastinos y se ha trasladado a la calle de la Boquería, número 47, nuevo, tienda.»

Don Luis G. Tuñí y Bordaiba nos explica a grandes trazos la historia de una empresa que dirige: «La Hormiga de Oro». Conoce su historia y ama una actividad comercial, que al correr de los años se ha convertido en una institución ciudadana.

—A principios del año 1884, don Luis María de Llauder y de Dalmases

fundó la revista católica ilustrada «La Hormiga de Oro». Estableció su redacción y administración en la calle Baños Nuevos, números 16 y 19, bajo el divino auspicio del Sagrado Corazón de Jesús. Un año más tarde se fundaba la librería del mismo título, en la «calle de la Ciudad», número 7, trasladando allí la redacción de la revista. La librería tuvo varios domicilios barceloneses. La vemos sucesivamente en diversas calles: la de la Ciudad, Hércules, Rambla de Santa Mónica, Plaza de Santa Ana y, finalmente, en 1941, nos trasladamos a los locales que hoy usufructuamos.

Nuestros antecesores ocupan lo que un día fueron las caballerizas del marqués de Caldas de Montbui. No podemos, pues, desunirnos de Barcelona ni de su historia ciudadana.

LA MAS ANTIGUA: AÑO 1660

La urbe cuenta con una de las más antiguas librerías de Europa: la de «Herederos de la Viuda Pla». Esta casa, que de la calle de la Princesa pasó a establecerse a la de Fontanella, es antiquísima.

Esta casa, fundada en el siglo XVII por Juan Jolis y establecida en la calle «de los Cotoners», en la cual vivió San Ignacio de Loyola durante su estancia en Barcelona, merece un puesto de honor en la historia de la bibliografía barcelonesa.

La librería también fue una editora importante y siempre, desde el año 1660 en que se fundó, pertenece a una familia. Uno de los miembros de esta dinastía de librerías y editores era don José María Bocabella, que publicó la revista «El Propagador de la devoción a San José», que todavía se edita con el nombre de «Templo». Bocabella fue quien tuvo la idea de erigir el templo de la Sagrada Familia, y la suscripción primera para tal fin se abrió en la librería y en «El Propagador».

No hemos recorrido todas las antiguas librerías, y de algunas sólo hemos abocetado su historia, pero valga nuestro paseo como ofrenda al Día del Libro, una de las fiestas más nobles y más arraigadas ya en el costumbrismo barcelonés.



El apasionado lector de antano, según un dibujo francés

Arturo LLOPIS

TAMBIEN EL LIBRO TIENE SU DIA: 23 DE ABRIL